

Las olimpiadas filosóficas: una oportunidad para pensar

UNA ALUMNA DE 2º DE BACHILLERATO, BLANCA NAVARRO BANDEIRA, GANADORA DE LA OLIMPIADA FILOSÓFICA EN ASTURIAS Y PARTICIPANTE EN LA FASE NACIONAL. CRÓNICA DE SU EXPERIENCIA

En invierno de este año, nuestro profesor de filosofía colgó un cartel que anunciaba las Olimpiadas de filosofía, y, a pesar del desinterés que suscitó esta noticia, el profesor nos instó a apuntarnos. En el cartel se explicaban las modalidades y las normas de la olimpiada: había que presentar un trabajo en una de las cuatro modalidades, que eran disertación, dilema moral, fotografía o vídeo, antes del 28 de febrero, en un correo electrónico a la Sociedad Asturiana de Filosofía.

A mí sí que me llamó la atención este concurso. Nos habían propuesto anteriormente otras Olimpiadas, de ortografía, de química, de matemáticas, pero fue filosofía la que más me llamó la atención. A diferencia de las de asignaturas como biología o química, no evaluaba conceptos y conocimientos ya adquiridos; no era un test para ver si sabías de filosofía, sino que tenías que crear tú tu propio trabajo filosófico desde cero. Por primera vez, se nos proponía *hacer* filosofía. Hablé con el profesor, que me animó a hacerlo, y decidimos que la modalidad a la que me presentaría sería a la de disertación. La libertad a la hora de escribirla no era total: había que ceñirse a un tema preestablecido y con unas reglas formales determinadas. El de este año fue "Fronteras y Justicia Global". Mucha gente me mira con reticencia cuando les hablo de este tema, tachándolo de demasiado político y, sinceramente, eso pensé yo también cuando me enfrenté a él por primera vez. Sin embargo, la olimpiada era filosófica, y eso se podía ver en los criterios de puntuación de los trabajos: no se buscaban discursos persuasivos dignos de presidentes, sino que profundizásemos en las implicaciones filosóficas, que tienen mucho más de razón y de pensamiento crítico que de ideología.

Al hacer este trabajo, aprendí mucho. Me di cuenta de lo sencillo que era lo que estudiábamos en clase de Historia de la Filosofía comparado con lo difícil que es intentar sostener argumentos sobre ética, o buscar respuestas a preguntas que simplemente no la tienen. Me hizo tener que replantearme muchos de los problemas de hoy en día y mirarlos con otros ojos. A cada autor nuevo que leía, más preguntas me suscitaba; así que lo hice lo mejor que pude y lo entregué.

Y resulta que fui una de los tres seleccionados de Asturias de la categoría de disertación. Mi profesor de filosofía y yo tuvimos que ir a Gijón, a la final tuve que defender delante del jurado y más de 200 personas, en una exposición oral, mis argumentos. El premio que nos jugábamos era uno grande: ir a Canarias a participar en la Olimpiada Nacional.

Fingir que ignoraba que el premio era tan goloso sería hipócrita: sabía desde el principio que me jugaba un viaje, gastos pagados, de cuatro días, al sur de Tenerife, rodeada de chicos y chicas de mi edad.

Gané, y el viaje superó todas las expectativas: gente muy variada, de todos los rincones de España, con ganas de conocer a gente y con mucha filosofía en la cabeza. Exceptuando el día en el que pasamos la prueba final para ver quién era el ganador a nivel nacional, el resto de días los pasamos haciendo actividades juntos. Todo el tiempo que pasábamos juntos fue creando un ambiente relajado donde cada uno de los participantes aportaba puntos de vista nuevos a la conversación. Hubo mucha más filosofía en nuestras conversaciones que en nuestras disertaciones y trabajos, eso asegurado.

Resumiendo: fue una experiencia inolvidable y un trayecto en el que aprendí mucho. Aunque yo no me pueda presentar el año que viene, ya que acabo el colegio, recomiendo a todos los que tengan curiosidad por la filosofía que le den una oportunidad. Como dice siempre mi padre: "lo importante es el camino, no el destino".